

# ANTONIETA

## QUERÍA UN ABRAZO


POR AURA GARCÍA-JUNCO



Antonieta Rivas Mercado fue una aristócrata, bailarina, escritora, actriz, promotora cultural, feminista y activista política. En pocas palabras: un mujerón. Pero tengo que admitir que no fue nada de eso lo que me hizo obsesionarme con su personaje. Lo que llamó primero mi atención fue su muerte. En febrero de 1931, Antonieta entró a la catedral de Notre Dame y se pegó un tiro en el corazón con la pistola de José Vasconcelos, su amante ingrato. Tenía treinta años y su pequeño hijo la esperaba. La historia me interesó porque me hizo preguntarme cómo es que alguien toma una decisión así de drástica. Quise saber quién era esa mujer. Entender sus motivos. Y encontré tanta pero tanta vida, que me hizo lamentar mil veces lo poco que tuvo para vivirla.

Su papá, el arquitecto Antonio Rivas Mercado, fue uno de los hombres más cercanos al dictador Porfirio Díaz y ella, niña precoz y amada, lo acompañó en sus misiones como arquitecto del régimen y se volvió, en esta cercanía, una artista también. A la vez, su madre la rechazó desde su nacimiento por el color de su piel. Desde ahí los contrastes: en cuna de oro, aprendió más de lo que era permitido para una mujer; pero, al mismo tiempo, fue maltratada y cuestionada por vivir la vida a su manera. Esta tensión la acompañó siempre.

A veces pienso que en el fondo sabía que su vida iba a ser breve y por eso se empeñó en vivirla con toda intensidad. Patrocinó a tantos artistas como pudo, fue una lectora sagaz, una escritora diletante pero talentosa, una traductora excelente. Fue una gran conversadora, una facilitadora de espacios de encuentro y una generosísima amiga. Pero todo eso le costó caro, no sólo porque invirtió (y a veces malgastó) su herencia, sino porque en el fondo le



dolía el rechazo. Divorciada, amante de ir a bailar y del arte contemporáneo, se convirtió en el patito feo de su familia.

Se decía que era una madre monstruosa, que tenía amantes por aquí y por allá, que no sabía ser una “buena mujer”. No por nada escribió textos ferozmente feministas y se metió en la política. Quería que el mundo cambiara, que la sociedad fuera más justa e incluyente. Quería, necesitaba, ser aceptada. Qué difícil es cumplir con las demandas de los demás.

A la vez, ella misma tenía pocas amigas y juzgaba a otras mujeres. Aquí me obligo a pensar en mí, en el momento en que me di cuenta de que tenía pocas amigas y que siempre ponía más atención a los hombres en el cuarto, como si fueran una especie de efigie que había que adorar o desafiar, pero siempre privilegiar. Un momento fundamental de mi vida que me obligó a ver la misoginia que cargaba dentro y cambiar, con muchos trabajos, mi manera de relacionarme con los géneros. Así somos las personas: llenas de contradicciones. Por ejemplo, Antonieta, tan brillante, tan feminista, fue la más miserable en el amor. Ahí dejó lo que le quedaba de dinero y de cordura. En eso se parece a tantas otras artistas que no lograron escapar de los desgarros más machistas del corazón.

Ojalá Antonieta hubiera encontrado más comprensión, recibido más crédito por todo lo que hizo. Ojalá hubiera recibido el “Amiga, date cuenta” que hacía falta. Pero ya lo dije antes: Antonieta nació en una época incapaz de aceptar a una mujer como ella. Como dijo Virginia Woolf, contemporánea suya: el mundo hará que cualquier mujer que se dedique al arte termine por volverse loca. Antonieta tenía todavía mucho que decir, pero no había condiciones adecuadas para ello. Seguramente hubiera sido muy distinta de haber nacido ahora. Me gusta pensar, especialmente, que su fin llegaría mucho después, rodeada de un grupo de amigas, que ahora sí, serían sus iguales a sus ojos.



**A** noche quemó mis libros. Una hoguera. Así quemarían a las brujas. France, Remy de Gourmont, Baudelaire, mi Verlaine, los preferidos, los que yo había mandado empastar. Estaban tan bonitos. No sabe francés, yo se lo estaba enseñando, así que no los puede leer y, sin embargo, dice que son perniciosos, que lo francés está podrido y que corrompe. Primero me los encerró en un baúl negro como un pecado grande, y anoche, ¿era la noche, era la mañana?, ya me había torturado infinitamente hasta exprimirme los huesos, cuando me obligó a traerlos a brazadas. Los amontonó en el jardín, y les prendió fuego. El papel cerrado no ardía, entonces los deshojé, los rasgó. Yo me quise ir. Quédate, anda, quédate, me decía, míralos arder, qué bonito, qué bonito infierno. No te vayas, quiero que te quedes. Y me quedé haciéndome



chiquita, hundiéndome en un rincón donde no me tatemara el calor, donde no me iluminara la fogata. ¡Aquel auto de fe, con mis libros, con **mis pobrecitos libros!** Los anaqueles quedaron ciegos, les vació las órbitas. Ya que sólo quedaron rescol-dos y hojas quebradizas planchadas por el fuego, se me acercó, me cogió por la barbilla, levantó a fuerza mi cara hasta que su mirada cayó sobre mí. Le vi algo en los ojos y cerré los míos. Oh, eso sí que no, eso no. Dios mío, eso no, no, no.

**"Domingo 11", *Diarios*,  
Antonietta Rivas Mexcedo.**



ILUSTRADO POR ROSARIO LUCAS